

VALORES, PRECIOS Y MERCADOS EN EL POSTCAPITALISMO



(UNA INTERPRETACIÓN
DE LA CONCEPCIÓN
ECONÓMICA DEL
COMUNISMO EN MARX)

(I)

DIEGO GUERRERO

INTRODUCCIÓN

En el debate teórico y político sobre la posibilidad y necesidad de una revolución social en la actualidad, y en particular sobre las características de la transición desde una sociedad capitalista hasta el socialismo y el comunismo, tienen que intervenir toda una serie de consideraciones que en este trabajo se dejarán voluntariamente de lado, para centrarnos sólo en un aspecto de la cuestión. No ignoramos que de la teoría a la práctica hay mucho trecho y que en la realidad las cosas aparecen siempre entremezcladas y formando parte de un sistema que las engloba y hace que ninguna de ellas opere con independencia de las demás, por todo lo cual el análisis se vuelve mucho más complejo. Pero como aquí sólo pensamos realizar un trabajo teórico con la idea de establecer ciertas premisas para posteriores investigaciones (o debates, o comportamientos), pensamos que es legítimo usar un método aproximativo del problema, el usual en la investigación científica, que consiste en abstraer un solo aspecto del problema para, en un primer momento, centrar el foco de atención sólo en él, suponiendo que las otras dimensiones del problema están dadas, por así decir, y no ejercen influencia sobre ese único aspecto de la cuestión elegido para el análisis. Como todos

sabemos que esto no es cierto en la práctica, es evidente que ninguna de las conclusiones obtenidas en un trabajo de esta naturaleza puede tomarse como un resultado teórico definitivo, sino tan sólo como algo provisional y pendiente de posteriores puntualizaciones o modificaciones. Es decir, sean cuales sean las conclusiones que se extraigan de este artículo, estas sólo servirán como un paso intermedio dentro de una reflexión que se desea abrir pero que no puede acabar ahí y sólo puede tener sentido si es complementada con pasos subsiguientes de acercamiento al problema, en los que se vaya introduciendo los diversos aspectos que, provisional y conscientemente, aquí se dejaron de lado.

Antes de comenzar con la reflexión sobre varios aspectos de la organización económica de una sociedad postcapitalista, se impone realizar otra consideración preliminar. El enfoque que utilizaremos en nuestro análisis se inspira en la teoría de Marx, pero lo hace de la única manera legítima en que creemos que es posible hacer esto, es decir, presentándolo al mismo tiempo como una determinada interpretación personal que el autor ofrece de esa teoría, sin pretender que sea la única posible¹; interpretación que en nuestro caso adopta el punto de vista político que el autor



llama comunista. Por consiguiente, lo que aquí nos preocupa es la reflexión sobre la transición desde el capitalismo al comunismo, no al socialismo, en el bien entendido de que el comunismo es algo más que el socialismo.

6 Siguiendo las pistas del propio Marx, entenderemos que hay dos fases en la sociedad comunista, de forma que si llamamos «comunismo puro» a la segunda de ellas (y la representamos por C-II), podremos decir que centraremos nuestro análisis en el «comunismo de transición» (que representaremos por C-I), que es precisamente aquello a lo que se refería Marx cuando escribía que esta última sería la sociedad comunista «tal como surge de las entrañas de la sociedad capitalista» (nuestra C-I) y no tal y como se manifiesta una vez que puede desarrollarse «sobre su propia base»² (nuestra C-II). En principio, no hay mayor inconveniente en llamar también «socialismo» a C-I, tal como se hace habitualmente. Pero creemos preferible llamarlo comunismo de transición por dos razones: primero, porque así queda expresamente dicho que se trata de un paso intermedio hacia algo que hay más allá; y, segundo, porque se evita con ello una parte de la confusión que aquejan al término «socialismo», cuyo uso está asociado hoy en día con los más diversos postulados teóricos y políticos, algunos de los cuales son de índole claramente procapitalista y no superadores del capitalismo.

Con esto empieza a aclararse el «punto de vista comunista» del autor: lo que habitualmente se conoce como la «transición hacia el socialismo» no es más que el corto paso que va del capitalismo a C-I (corto, porque si se alarga demasiado, ese mismo hecho será señal de que el paso en realidad no se ha dado, que no se ha logrado salir de las entrañas del capitalismo). Pero este paso no es lo esencial, al menos para nuestro análisis. Y lo que pretendemos es, por una vez, mirar más allá de él, con la esperanza de que esa mirada nos ayude a comprender mejor la realidad a la que aspiramos y nos ofrezca nueva luz sobre cómo abordar la lucha por ella en el presente. Para Marx, ese paso, que debe por supuesto darse en forma revolucionaria, es «un parto», algo que acontece de forma más o menos rápida. Pensamos que la auténtica transición es la que define la evolución desde C-I en dirección a C-II, y prestar atención al análisis de las vías de construcción y organización

económica de la sociedad comunista es algo que no se suele hacer pero ayudará a entender mejor los dolores del parto revolucionario³. Esto es importante porque cuando muchos analistas insisten en la importancia de la «fase de transición hacia el socialismo» puede que en realidad estén simplemente aconsejando que el parto mismo sea tan lento que, de llevarse a la práctica tal consejo, la criatura ya nazca muerta.

Más allá de los socialistas que no lo son –los que tan pacíficamente conviven con las estructuras de la sociedad capitalista, preocupados acaso tan sólo por la apariencia cosmética de ese sistema–, hay todavía muchas clases de socialistas y comunistas, de diversas tendencias, bien intencionados y deseosos de superar de verdad la sociedad capitalista. No me atrevo a decir, y mucho menos en un trabajo como este, qué estrategia, qué conducta o qué planteamientos prácticos son los más adecuados para la actividad de los individuos y organizaciones de todo tipo que se autodenominan socialistas o comunistas. Si acaso, aquí sólo cabe aprovechar la oportunidad para lamentarse de la falta de unidad que caracteriza a todos cuantos nos movemos dentro de esos referentes políticos, pues cada grupo y cada pensador individual, sea o no un intelectual, harían bien en tratar de comprender al otro, empeñándose en una batalla sin fin por superar las diferencias teóricas que nos separan.⁴ Además, es importante ser conscientes de que no siempre se da una correspondencia entre el punto de vista político y el punto de vista teórico. Más a menudo de lo que se cree, lo que hay es más bien una típica falta de correspondencia, de forma que puede verse a «enemigos» políticos (dentro del ámbito socialista-comunista al que nos referimos) que utilizan un punto de vista teórico más afín al propio que lo es el de personas y colectivos políticamente más cercanos⁵.

En nuestra opinión –y esto tiene especial trascendencia aquí por el ámbito geográfico y político en el que se desarrolla este Coloquio latinoamericano–, esto es lo que ocurre en un caso particular al que nos vamos a referir enseguida. Digamos que, sin entrar a valorar directamente la posición política del importante asesor del presidente Chávez que es el profesor Heinz Dieterich, en la sección I de este trabajo revisaremos detenidamente los fundamentos teóricos de dicha posición, o al menos de sus

propuestas políticas más difundidas, así como los de lo que él mismo considera sus «escuelas» de referencia, la de Bremen especialmente, pero también la llamada «escuela escocesa»⁶.

Avancemos únicamente que lo que se presenta en los escritos de este autor –que muchos comentaristas consideran erróneamente un desarrollo de la teoría de Marx– no es realmente compatible con la auténtica teoría de Marx, y en especial con su componente fundamental, que es su Teoría laboral del valor. Como la reflexión sobre la organización económica de la sociedad postcapitalista se hace recaer, como no podía ser de otra manera, sobre las categorías básicas que utilizan y tienen que utilizar todas las teorías del valor existentes –estamos refiriéndonos a los conceptos de «valor», «precio», «dinero», «mercado»...–, el lector comprenderá que es de importancia decisiva saber si las categorías que se utilizan corresponden a la teoría A o pertenecen más bien a la teoría B, la C o la que sea. Si no se hace así y eso queda envuelto en una neblina de confusión, si no se hace la mayor claridad posible en ese terreno, difícilmente se podrá contribuir adecuadamente a la construcción de esa nueva economía, entre otras cosas porque los que participen prácticamente en dicha construcción no podrán saber realmente en qué clase de edificio están trabajando y ni siquiera en qué dirección lo están levantando.

Este trabajo pretende ser más específicamente un intento de contribución a la importante tarea de deshacer esas neblinas y aportar claridad sobre la estructura y forma del edificio que quieren construir los comunistas.

I. TEORÍA LABORAL DEL VALOR VERSUS TEORÍA BREMENIANA DEL VALOR. PRECIOS Y VALORES EN EL CAPITALISMO Y EL SOCIALISMO.

La Teoría laboral del valor (TLV), tal como la deja elaborada Marx a lo largo de su vida entera de escritor, es una teoría que pretende explicar lo fundamental del comportamiento del capitalismo. Aparte de ser una teoría que permite entender la explotación del trabajo por el capital, la teoría es también una teoría de los precios que se forman en los mercados capitalistas. Todo el mundo

sabe que Marx escribió poco sobre la sociedad socialista, mucho menos que sobre la capitalista; pero cuando lo hizo, no lo hizo tanto en el texto al que todo el mundo se refiere al tratar este tema, y que no era sino un corto escrito donde en realidad se debatía el programa político de un determinado partido socialista⁷, sino en el interior de sus trabajos teóricos fundamentales, donde la reflexión básica versaba sobre la sociedad capitalista. Todas las ideas de Marx sobre el comunismo y el socialismo deben entenderse en ese contexto y analizarse sobre la base de su teoría de la sociedad capitalista, que él expuso sobre todo en *El capital* (1867, 1885, 1994, incluido su volumen cuarto, que es la historia de las Teorías de la plusvalía: Marx, 1862-3) y en los trabajos preparatorios que condujeron a él, en especial la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1859) y los *Grundrisse* (1857-8)⁸.

Seguidamente, repasaremos algunas categorías básicas de la TLV en relación con el capitalismo (A) y nos preguntaremos a continuación por su posible aplicación a la sociedad postcapitalista.

I. A. Las ideas centrales de la TLV

La teoría, la economía y la filosofía de Marx se contienen en *El capital* y básicamente consisten todas en su teoría del valor. Y la idea central que resalta de esta teoría es la de que los precios mercantiles de los distintos bienes y servicios son una expresión de las cantidades de trabajo necesarias para su producción y reproducción en las condiciones normales de la sociedad capitalista del momento. Y esas cantidades de trabajo se refieren no sólo a la que llevan a cabo los trabajadores que operan directamente en la empresa que produce esas mercancías, sino que incluyen también las de los trabajos necesarios para producir y reproducir los medios de producción (es decir, máquinas, materias primas, energía, etc.) que se usan en dicha producción.

Pues bien, antes de entrar en otros detalles que dan contenido y concreción a esta teoría de Marx, lo primero que hay que dejar claro es que la teoría del valor que defienden Dieterich y la escuela de Bremen (a quienes a partir de ahora llamaremos, para mayor comodidad, DEB) no tiene nada que ver, a pesar de las apariencias, con la teoría de Marx⁹. A esta nueva teoría de estos autores nos referiremos en este trabajo como «Teoría bremeniana del



valor» (TBV), por oposición a la teoría laboral del valor de Marx. Y ello es así por mucho que la apariencia sea otra y que en sus libros estos autores hablen de valores, trabajo, precios, mercados... y el resto de categorías que también se encuentran en Marx; y por mucho que citen y se refieran a este autor, al que continuamente entremezclan en sus escritos¹⁰. Veamos a continuación por qué.

1. Para Marx, el precio depende y es expresión de la cantidad de trabajo total empleado en la reproducción normal de la mercancía, mientras que para DEB el precio depende de un montón de cosas distintas con las que se podría construir, no una, sino varias teorías del valor diferentes, al menos 4. En los escritos de DEB se pueden encontrar, en medio de una confusión general, cuatro elementos o factores que en su opinión contribuyen a determinar el nivel del precio de mercado, de forma que según pongan más énfasis en uno u otro de esos elementos podemos apreciar los indicios de 4 teorías o semi-teorías diferentes. Esos elementos son, por increíble que parezca, los siguientes: 1) la cantidad de trabajo (que es el elemento único que aparece en la TLV); 2) los costes monetarios¹¹, entendidos como algo diferente de lo anterior, y en cuya determinación interviene a su vez un batiburrillo de factores, entre los que el papel central se concede al juego de la oferta y la demanda, por una parte, y por la otra, y en especial, a la concepción subjetiva¹² del valor típica de la teoría de la utilidad marginal; 3) en tercer lugar, la estructura del mercado prevaleciente, en especial si predomina el monopolio o no; 4) y, por último, el poder político o poder genérico que opera y domina sobre los mercados.¹³

2. Para Marx, el valor de una mercancía, en una sociedad capitalista desarrollada, se tiene que expresar necesariamente en dinero. Por eso afirma que el precio no es sino «otro nombre del valor». Más en detalle, afirma que el valor (su sustancia) se manifiesta en un «valor de cambio», cuya forma más desarrollada es la monetaria, y eso es el precio. En cambio, la teoría bremeniana contrapone valor y precio como si fueran los dos términos polares de una relación antagónica, y ello no sólo es así dentro del capitalismo sino que aparece la misma idea al comparar entre sí el capitalismo y el socialismo.¹⁴ Según estos autores, no sólo se trataría de magnitudes distintas, sino de fenómenos explicables por causas y

mecanismos diferentes, y de realidades cargadas de contenidos normativos y éticos completamente contrapuestos. Dejando el aspecto cuantitativo para el punto siguiente, digamos que estos autores distinguen la naturaleza del precio de la del valor (que ellos llaman «valor objetivo») argumentando que el valor sería supuestamente producto sólo del trabajo y existiría sólo en el socialismo, mientras que el precio, que es típico del capitalismo, es determinado por los 4 factores señalados más arriba. Por su parte, la comparación moral queda evidenciada en la afirmación de que «la genealogía del precio nos indica que es el hijo espurio del costo y del poder, que nada tiene que ver con el heraldo de la justicia, el valor» (Dieterich, 2001: pág. 7; cursivas añadidas: DG).

El aspecto cuantitativo de la relación entre valor y precio lo explica Marx, en el libro III de El capital, en relación con lo que llama la «transformación»¹⁵ de los valores en precios de producción. En Marx esa transformación es puramente cuantitativa pero no cualitativa, al contrario de lo que ocurre con DEB, para quienes es ambas cosas a la vez. Para Marx, la cantidad que se modifica es la de las unidades monetarias que en principio expresan el valor como una magnitud proporcional a la cantidad de horas trabajadas –que la literatura especializada suele llamar «precios directos» o «precios simples»– y se convierte, después de «transformada», en una magnitud distinta que se suele llamar «precio de producción». Aparte de que este último concepto ni siquiera aparece en la obra de la escuela bremeniana, donde se confunde el precio de producción con el precio efectivo de mercado¹⁶, lo importante es que DEB parece olvidar que se trata en ambos casos de precios monetarios, y además de precios igualmente capitalistas y, por tanto, idénticamente buenos, malos o neutros en términos de la valoración ética que nos puedan merecer.

3. ¿Por qué debe un teórico del valor «transformar» un precio directo de 85 bolívares, o euros, en un precio de producción de 82 o 91 o lo que sea, también en bolívares o euros? Porque ambos son categorías teóricas que le permiten ir avanzando en la comprensión y/o explicación de los precios reales y efectivos. Y ese paso es necesario, debido a que hay que dar cuenta del fenómeno de la *competencia* entre los distintos capitales individuales que se enfrentan en la

economía capitalista. Necesitamos dos precios distintos porque el primero se corresponde con el capital unido y enfrentado al trabajo, y el segundo se corresponde con el capital dividido y enfrentado a sí mismo, compitiendo cada unidad con las demás.

Lo que Marx explica en *El capital* es precisamente que, a pesar de la apariencia en contra, el análisis basado en la TLV permite descubrir la realidad que hay debajo. Y esta es que ambos precios teóricos son expresiones de la cantidad de trabajo que la sociedad necesita para reproducir las diversas mercancías. La suma de los precios de producción del conjunto de mercancías producidas coincide con la suma de los precios directos de ese mismo conjunto. Y no puede ser de otra manera porque de lo que se trata es de entender una misma realidad desde dos puntos de vista distintos, el capital frente al trabajo o el capital frente a sí mismo. Lo que exige este último, es decir, la competencia, es una mera redistribución cuantitativa de la plusvalía o plusvalor generado en la producción (trabajo frente a capital).

Pero las formas cuantitativas de esa redistribución no son arbitrarias sino que están perfectamente explicadas por la TLV (a la vez que absolutamente desconocidas para la TBV): la creación de plusvalor depende de la magnitud del capital variable adelantado, pero la competencia hace que su expresión monetaria deba corresponder al capital *total* adelantado (tanto si es *variable*, v , que es el que permite crear valor nuevo, como si es *constante*, c , que no crea valor nuevo alguno). Por consiguiente, si para producir diversas mercancías se usan técnicas de producción diversas, que en cada rama de la producción exigen una proporción diferente entre las sumas de c y v , los precios que incluyen el plusvalor directo *creado* (extraído por el capital al o frente al trabajo) no pueden coincidir con los que incluyen el plusvalor redistribuido y *apropiado* (en la lucha entre cada capital y los demás), que se distribuye de otra manera para que la ganancia final pueda ser proporcional al capital invertido, generando una rentabilidad normal que es la que sirve de referencia a quienes participan en la competencia capitalista.¹⁷

4. En cuanto a las aplicaciones posibles de la teoría del valor o de los precios capitalistas a la sociedad postcapitalista, también aquí las

diferencias que separan a la TBV de la TLV son enormes. La TBV imagina que el precio corresponde al capitalismo y el valor corresponde al socialismo. Nada de eso ocurre en el pensamiento de Marx, para quien las relaciones de valor y precio sólo se dan en el capitalismo, de forma que lo que los marxistas debaten en este terreno específico es por qué cosa, por qué tipo de nuevas relaciones sociales más concretamente, es por lo que se sustituyen los valores y precios capitalistas en una sociedad distinta que ha superado ya esas relaciones capitalistas.¹⁸

I. B. Mercado y socialismo: TLV vs. TBV.

La mayoría de los autores marxistas han defendido siempre que el paso del capitalismo al socialismo (o, como diría Marx, al comunismo o sociedad de los «productores libres asociados»¹⁹) supone la desaparición de las relaciones mercantiles –el «mercado»– y monetarias –el dinero–, y su sustitución por algún tipo de relaciones no mercantiles²⁰. Se admite que ciertas relaciones mercantiles puedan sobrevivir en un «periodo de transición», incluso el dinero, pero se defiende la idea de que las relaciones de valor que expresa el mercado capitalista desaparecerán con la propia sociedad capitalista y serán sustituidas por un tipo nuevo de relaciones económicas y sociales que vendrán definidas en buena medida por: 1) un papel acrecentado del *valor de uso* (en su calidad de categoría contrapuesta al valor); y 2) un mayor recurso a la dirección *centralizada* y consciente de los mecanismos económicos por la vía de la *planificación*.

Pero algunos autores marxistas, una minoría, y también no marxistas partidarios de algún tipo de economía socialista, han defendido en cambio la supervivencia del mercado y son conocidos por ello como «socialistas de mercado»²¹. No podemos entrar aquí a repasar la historia del largo e intenso debate sobre esta cuestión del «socialismo de mercado», debates que en parte se han dado en el terreno teórico y en buena medida se han producido también en el seno de experiencias históricas concretas, la mayoría dramáticas, donde la realidad enriquece siempre y aumenta el número y magnitud de los problemas considerados en cualquier discusión teórica. Pero sí tenemos que ocuparnos de la esencia que contienen esas tres



categorías fundamentales que son el valor de uso, la planificación y el mercado.

En nuestra opinión, lo que se mantiene y debe mantener en la fase C-I no es el mercado sino una forma descentralizada de gestión de la demanda y de la planificación, que no es sino un «sistema de *decisión descentralizada*» que debe ser compatible con el sistema de decisión *centralizada* en que consiste la clásica planificación. Pero como son evidentes los parecidos entre esa descentralización y el mercado, algo que de entrada no es fácil de aceptar por los marxistas mayoritarios, hay que explicar por qué razón lo que proponemos no es encontrar un nombre con el fin de disfrazar una oculta defensa del mercado. Parte de los malentendidos a este respecto surgen de que históricamente hablando, tanto la descentralización como el mercado surgieron en el capitalismo, o mejor dicho: la descentralización, ligada en realidad a la especialización del trabajo y al desarrollo de las fuerzas productivas, surgió precisamente bajo la forma (social) particular de «mercado». La posibilidad de superar esta forma, a la vez conservando la descentralización, requiere en primer lugar la comprensión plena de la auténtica relación que existe entre ambas.

Sin embargo, antes de entrar en materia a partir de la sección siguiente, abordemos la contraposición entre este sorprendente «comunismo de mercado» (como quizás alguno quiera bautizarlo) y la posición de Dieterich y su escuela, que más bien parecen rechazar el papel del mercado en su «socialismo del siglo XXI». En realidad, la posición de DEB tampoco es clara en este punto. Según su respuesta a la pregunta «¿*Qué papel tiene el mercado?*» en la nueva sociedad, podría parecer que, para Arno Peters, «en la economía equivalente ya no habrá ningún mercado» porque, entre otras cosas, «el precio no resultará de la oferta y la demanda, sino del valor de los bienes producidos y del salario»²². Sin embargo, Dieterich admite otra forma de mercado: «solo en la economía de equivalencias bajo control democrático, puede el mercado recuperar su carácter de *foro de intercambios equivalentes*. Sin embargo, tal situación presupone el establecimiento de la nueva sociedad socialista.» (2003, pág. 9; cursivas añadidas: DG). La verdad es que, aunque un «foro de intercambios equivalentes»²³ no sonara a mercado, habría que decir que, al menos desde el punto de vista de la TLV, lo recuerda bastante.

¿Cabe perfilar un poco más? En su libro, Dieterich cita muy extensamente a Peters, de quien se deshace en elogios y a quien admira profundamente. Pero las citas a Peters en el libro de Dieterich resultan bastante confusas, como por ejemplo la nueva respuesta del primero a otra pregunta similar a la anterior: «¿*Con su propuesta se eliminarían las relaciones mercantiles? ¿O el producto seguiría siendo mercancía?*». Respuesta: «'Mercancías' son bienes destinados a la venta, quiere decir que llegaron al mundo con el surgimiento del comercio, y que desaparecerán con su fin (fin de la economía de mercado). Entonces (en la economía equivalente), los bienes sólo se producirán para cubrir las necesidades, y serán consumidos por el productor, *o se canjearán* al mismo valor (base de la distribución en la economía equivalente).» (Citado en Dieterich 2001, pág. 43; cursivas añadidas: DG).

Por una parte, este «canje» del que habla Peters recuerda mucho al citado «foro de intercambios equivalentes» de Dieterich, y en ambos tiene claras resonancias el más familiar concepto de «trueque». Está claro que este, por definición, no es un mercado monetario, pero parece difícil dudar del contenido mercantil de ese canje o trueque. Por otra parte, lo que es evidente también es que la forma de trueque aparece históricamente en, y parece corresponder con, una fase anterior en la evolución de la sociedad humana. Y esto no puede olvidarse en la actualidad, por la trascendencia política inmediata que puede tener en América Latina, y en especial en Venezuela, una posible política económica que pretendiendo apuntar al futuro en realidad se oriente al pasado.²⁴

Por otra parte, sabido es que Dieterich distingue entre el socialismo *histórico*, o «socialismo real», y su ideal socialista²⁵, lo cual le lleva a distinguir entre dos tipos de mercado en las sociedades pre-socialistas. En Dieterich (2007a, pág. 178) la economía de mercado dominante pasa a ser la «economía de mercado crematística», y el calificativo de «economía de mercado no-crematística» (*Ibid.*, 187) parece reservarse para economías como la cubana, de la que afirma que no es una auténtica economía socialista.²⁶

Ambas cosas –la idea del canje y la caracterización del socialismo real– aclaran algo la cuestión, pues parece que lo que el llamado Nuevo Proyecto Histórico²⁷ de esta escuela (o

«Socialismo del siglo XXI»²⁸) desea superar no es tanto el mercado en sí como la crematística, es decir, la falta de democracia capitalista, que se basa en el principio plutocrático. Y es evidente que esa conclusión final tiene un parecido real con la posición que defendemos en este artículo. Y es que, para disolver la paradoja presentada al principio, creemos que lo esencial es comprender que entre «mercado» y «decisión descentralizada» existe el mismo tipo de relación que entre «capital» y «medios de producción», o entre «esclavo» y «negro» (en el conocido ejemplo de *El capital*), o entre «capitalista» y «empresario»... Un medio de producción que sobreviva al capitalismo dejará de ser capital porque las relaciones capitalistas a las que estaba sometido antes habrán desaparecido ya. Un negro es sólo un esclavo en ciertos contextos sociales, pero fuera de ellos es simplemente un negro. Un empresario es algo que existirá allí donde haya empresas, sean estas capitalistas o no, pero sólo en nuestro régimen actual «empresario» puede querer decir lo mismo que «capitalista»²⁹.

II. MERCADOS Y PLAN. DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA, DEMANDA AGREGADA Y OFERTA AGREGADA EN LA SOCIEDAD COMUNISTA.

En una sección posterior desarrollaremos con detalle cómo es el mecanismo de funcionamiento de esta especie de «mercado» que en nuestra opinión debería mantenerse en la sociedad comunista. Pero antes de formalizar ese punto, ¿qué puede decirse de la relación entre el par «mercado-valor», por una parte, y el par «plan-valor de uso» por otra parte, en una economía postcapitalista y democrática, es decir, en una economía más avanzada que la capitalista y donde los trabajadores, que serán ahora todos los miembros de la población activa, regirán democráticamente las empresas?

En primer lugar, debe quedar claro que son las mismas clases de personas y *los mismos intereses* esenciales los que estarán representados tanto en la gestión de las empresas como en la gestión del Plan. Extrañamente, muchos analistas suelen tender a pensar de manera distinta y creen que, mientras los planificadores pueden servir efectivamente los intereses del pueblo, las empresas están condenadas a seguir ligadas a oscuros intereses capitalistas y no democráticos. Pero esto es un

error. Recuértese que no estamos hablando aquí del «parto» social del que surge la sociedad C-I, sino de la organización de la propia C-I, ella misma una sociedad de transición hacia el auténtico comunismo. Eso quiere decir que el presupuesto necesario de nuestro análisis es que ya no hay capitalistas ni terratenientes ni privilegiados que estén liberados o exentos de contribuir al trabajo social por razones de clase, posición económica o cualquier otra.

Además, todos tendrán derecho a la misma capacidad de «compra», o mejor de consumo, en términos cuantitativos, aunque cada uno podrá desde luego orientar esa capacidad en dirección a uno u otro tipo de bienes y servicios. Pero esa parte descentralizada, familiar y «privada» del consumo social es sólo una fracción del producto total, la que restará después de detraer una primera fracción que se define previamente en forma centralizada y planificada: la parte del producto social que debe consumirse en forma *colectiva* o bien usarse para garantizar la reproducción y, en su caso, el crecimiento económico. Aclaremos esta distinción entre consumo privado y consumo público.

En otro lugar (Guerrero, 2004a) hemos defendido el uso de una «tarjeta», similar a las de crédito actuales, como el medio adecuado para instrumentar el consumodemocrático de la población. Técnicamente, no existe dificultad real para poner en marcha el uso universal de estas tarjetas, dado que ya hoy la sociedad cuenta con el nivel técnico necesario para dotar a cada uno de los 7.000 millones de personas que poblarán el mundo muy pronto de una tarjeta personal informática donde esté contabilizada la capacidad de compra idéntica que le corresponde a cada uno por periodo de tiempo, así como el uso que se va haciendo de la misma hasta completar su saldo. No habrá ya razones para derrochar ni estímulos para endeudarse desenfrenadamente –aunque sí habrá espacio para las «compras» a plazo, incluidos el piso, el coche o los electrodomésticos en su caso– ni muchos de los otros rasgos de comportamiento típicos del consumidor capitalista. Simplemente, cada persona tendrá constancia de su capacidad de compra y un instrumento propio para administrar su presupuesto. A su vez, el resto de la sociedad dispondrá así de un mecanismo para controlar que ninguna persona caiga en la tentación de posibles comportamientos antisociales, al menos por la vía del consumo desigual.



Mediante el uso de los *precios contables* a los que nos referiremos en la sección III, que serán usados en la práctica por parte de todos los agentes económicos de la nueva sociedad –empresas, consumidores y planificadores–, la eficiencia puede estar garantizada. Más tarde se explica ese mecanismo de eficiencia en el terreno de la producción, pero en el del consumo digamos que, una vez que esté adecuadamente determinado el «*precio*» de cada bien y servicio, el consumidor sabrá definir sus *cantidades*, es decir, cómo va a distribuir su presupuesto entre los diferentes bienes y servicios, sabiendo que cada uso que haga de él implica renunciar a posibles usos alternativos. Los *costes de oportunidad*, algo que está inscrito en la propia naturaleza de las cosas, seguirán existiendo, claro está, en la sociedad comunista, al menos en la fase C-I que estamos investigando, puesto que en ella continúa el dominio de la «necesidad» frente a una futura sociedad C-II que pueda ya basarse en la libertad y la abundancia.

12 En cuanto al consumo *colectivo* (educación, sanidad, transportes, vivienda y potencialmente diversas cosas más...), será decidido «políticamente», por medio de algún tipo nuevo de organización representativa, y es obvio que en esta podrán tener participación órganos de diferente nivel territorial: estatal –porque el Estado seguirá existiendo, así como la política misma, hasta que no se alcance el nivel correspondiente a C-II–, regional, local... y –esto lo trataremos más tarde– también internacional.

Por su parte, el volumen total de la *inversión* (que en el capitalismo adoptaba la forma de *acumulación de capital*) será determinada centralmente en parte –en forma de una «tasa de acumulación» social que haga posible la reproducción simple y, en su caso, ampliada de la base económica– y en parte también con la ayuda de las decisiones descentralizadas que veremos. Volveremos más tarde a ello, pero adelantemos que eso significa, en primer lugar, que los fondos o recursos totales disponibles para este fin no quedan al arbitrio de las empresas. Pero, en segundo lugar, que, una vez definidos centralmente esos totales –previamente desdoblados y desagregados hasta convertirse en un sistema de topes diversos, establecidos con carácter geográfico, sectorial u otros–, su reparto entre las empresas individuales dependerá de la *decisión individual de todas y cada una de ellas*,

*por una parte*³⁰, y de la instrumentación de este apartado del plan por parte del banco centralizado que debe controlar su asignación. Más adelante, al analizar el papel de la demanda, volveremos a este punto esencial.

Pero si estamos hablando ya del consumo público y privado, la inversión, etc., podemos preguntarnos ahora si conviene que hagamos un análisis general de la nueva economía siguiendo el esquema expositivo usado por organismos económicos de hoy en día, como son los institutos nacionales de estadística, los bancos centrales y diversos organismos internacionales, que sistematizan el estudio de una economía siguiendo un criterio universal de división en *tres partes*: Oferta, Demanda y Distribución de la renta. A nuestro juicio, podemos y debemos seguir este procedimiento, pero lo haremos invirtiendo el orden habitual. Se trata de una manera, no sólo de ordenar la exposición, sino además de empezar a desarrollar el necesario análisis comparativo entre la sociedad capitalista y la postcapitalista, o comunista, puesto que una comprensión de las diferencias básicas que resultan de dicha comparación es uno de los bagajes más importantes que debe conocer cualquier ciudadano interesado en la superación efectiva del capitalismo, al menos si quiere contribuir a la construcción social positiva sabiendo hacia dónde se dirigen sus esfuerzos y los de sus iguales, en vez de hacerlo a ciegas.

II. A. La distribución de la «renta»

Empecemos por la distribución de la «renta», y antes aún por la aclaración del misterioso uso hecho hasta ahora de las comillas. Como no sabemos si estamos hablando de una renta monetaria o de qué, porque nada hemos dicho todavía de la existencia o no de dinero en esta nueva sociedad, usaremos de momento estas comillas para los conceptos de los que, teniendo su correspondencia monetaria en el capitalismo, no sabemos aún si son «monetarios» o no. De momento, las comillas sólo significan que este asunto está pendiente. Simplemente adelantemos que con los conceptos de dinero y crédito³¹ ocurre lo mismo que con el mercado, el empresario y otros conceptos similares. De forma que si podemos concebir un «dinero» que no sea el dinero capitalista pero que cumple alguna de sus funciones, podríamos seguir utilizando ese

término y otros parecidos entrecomillados para mejor entender de qué estamos hablando.

Preguntémonos por ejemplo si, de las diversas funciones que tiene el dinero en el capitalismo, podrían desaparecer algunas y subsistir otras en el postcapitalismo. Pensemos en su función de «unidad de cuenta», es decir, de puro instrumento *contable* de la producción, distribución y consumo, en un contexto social donde los productos ya *no* son mercancías pero tienen que seguir distribuyéndose a corta y larga distancia, transportándose, almacenándose... y sobre todo demandándose y produciéndose con toda la complejidad, rapidez e interdependencias que requiere un desarrollo alto de las fuerzas productivas de la sociedad comunista, que tendrá un nivel incluso más elevado que el del capitalismo actual. Todo eso hace que los productos tomen la *apariencia* de mercancías. Pero sin una unidad de medida de este tipo es difícil pensar cómo podrían y deberían ser evaluados socialmente los diversos productos, cómo usar un criterio homogéneo, o patrón de medida universal, que permita compararlos entre sí.

Para entender si estamos o no ante una economía de mercado, miremos hacia atrás en el tiempo y preguntémonos *qué* es lo que distingue realmente a una sociedad precapitalista, donde ya existían *mercados*, de una sociedad capitalista desarrollada que puede considerarse ya una «sociedad *de mercado*» genuina. La diferencia fundamental estriba en el carácter de mercancía que adopta en esta última *la fuerza de trabajo humana*³². Por consiguiente, el corte radical que supone la sociedad comunista respecto de la capitalista, si realmente quiere romper con ella y superarla, debe ser la *supresión* de esa mercancía fuerza de trabajo³³. Esto es la diferencia esencial y eso permite que otras cosas subsistan sin que el capitalismo siga estando. Por ejemplo, ya no habrá asalariados ni capitalistas ni explotación..., pero seguirá habiendo trabajo y también *plustrabajo*.

Veamos. En el comunismo *se identifican* trabajador y ciudadano. Lo que ya se venía dando en el capitalismo como mero *proceso* –el proceso de proletarización que a la vista de todos está³⁴– se habrá trastocado en *identidad*. Cada miembro de la población activa tiene ahora el derecho y el deber de trabajar, y asimismo el derecho y deber a participar

en el consumo y la gestión de todo lo producido con ese trabajo, empezando por lo que estamos llamando consumo centralizado (o colectivo o público) y descentralizado (privado). Pero ambas parejas de derechos y deberes ya no se relacionan entre sí por medio de un *contrato de trabajo* privado. Podría decirse que ahora se instaura una especie de contrato *social* por el cual cada miembro de la sociedad debe trabajar *porque* es un ciudadano (y un ciudadano igual) y asimismo puede consumir igual que los demás *porque* es un ciudadano (y un ciudadano igual). El ciudadano se define por tanto de esa doble manera, de forma que, trabaje o no, el ciudadano podrá consumir, incluso si ese comportamiento no puede eximirlo nunca de su *deber de trabajar* (salvo por causas reconocidamente justificadas), e incluso si fueran sólo los que trabajan los que decidieran *cuánto* puede consumir.³⁵

Pero vayamos ahora a la cuestión específica de la distribución de la renta en el comunismo, o sea, la de cómo se dividiría el producto social en los términos más generales posibles. La TLV nos explica por qué y cómo en el capitalismo este se descompone en tres partes principales, que podemos llamar *c*, *v* y *pv*, o capital constante, capital variable y plusvalor. Con el valor total de lo producido y vendido se hace tres cosas: 1) se repone los medios de producción consumidos (es decir, los elementos materiales de la producción que los capitalistas compraron con la parte *constante* de su capital y ya no están disponibles); 2) se repone los bienes y servicios consumidos por los trabajadores o productores (que son todos asalariados si estamos analizando un capitalismo puro), previamente comprados con el salario recibido por estos cuando los capitalistas gastan su capital *variable*, y 3) se obtiene una diferencia cuyo valor es el *plusvalor*³⁶ total y se expresa, en términos monetarios, en la masa de beneficio o ganancia obtenida. Veamos a continuación con más detalle cómo se distribuyen 2) y 3).

En cuanto a la suma salarial recibida por los trabajadores, en el capitalismo no era el resultado de multiplicar un salario único por el número de esos trabajadores, sino que cada uno de ellos, demostrando así el carácter mercantil de su fuerza de trabajo, podía vender la suya a un precio diferente, más concretamente al precio preciso



que se determina de acuerdo con la *ley del valor* explicitada por la teoría laboral del valor. Es decir, en este caso, al precio determinado por los costes laborales distintos que tiene reproducir una unidad de ese tipo, y no otro, de fuerza de trabajo. Como a la sociedad le cuesta más trabajo (*re*)producir un ingeniero que (*re*)producir por ejemplo el albañil que construye la Escuela de Ingeniería –pero, ¡ojo!: *reproducirlo como asalariado*, no como ciudadano igual: en el comunismo cuesta igual reproducir a un individuo, *como ciudadano*, que a otro–, el valor de la fuerza de trabajo del primero será más alto que la del segundo de acuerdo con la ley capitalista. Por esta razón vemos en el capitalismo salarios que son muchos más altos en unos casos que en otros, en función de la categoría profesional, el sector productivo, el nivel de estudios, etcétera.

Ahora bien, una vez que la sociedad acaba con el carácter asalariado del trabajo y con la forma mercantil de la fuerza de trabajo, las cosas dejan de ser así. La sociedad y la democracia exigen ahora que el «salario» de todos sea idéntico³⁷. O sea, que cada uno participe del consumo en igualdad de condiciones que todos los demás, por la sencilla razón de que todos somos iguales y ahora sí se puede defender la dignidad humana por la vía democrática. Ya *no* existe, pues, auténtico salario, pero sí podríamos hablar de una *retribución* o recompensa social *igual* para cada trabajador, y no vemos inconveniente, aclarado esto, hablar de «salarios» en la sociedad comunista. Recuérdese que este sistema distributivo no es el que corresponde a la sociedad C-II que tenía en mente Marx en famosa crítica del programa de Gotha, sino a la sociedad C-I, una sociedad comunista que se organiza a partir de las condiciones capitalistas de las cuales ha nacido y en la que no se ha sobrepasado todavía «el estrecho horizonte del derecho burgués». Para decirlo con las palabras de Marx: si estuviéramos en C-II la norma imperante sería «De cada cual, según su capacidad, a cada cual, según sus necesidades», pero en C-I todavía regirá una norma inferior, menos desarrollada, que reza así: «De cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo» (Marx, 1875).

Dos cosas hay que retener, por tanto. No estamos hablando de una sociedad donde la parte descentralizada del consumo, como el consumo en su totalidad, se lleva a cabo en función de las *necesidades* de cada cual, sino de una sociedad aún

no tan avanzada, donde esa norma se aplica sólo al consumo centralizado, pero donde la fracción descentralizada *se rige por la aportación laboral* de cada miembro de la sociedad, de forma que quien no es un trabajador no puede ser tratado como el resto, y quien necesita más pero trabaja igual no por ello tiene derecho a recibir lo mismo que quien trabaja igual pero necesita menos. En segundo lugar, estamos hablando sólo del *principio* distributivo básico de la sociedad: eso quiere decir que la fidelidad a dicho principio no exige su aplicación exacta y/o permanente a la hora de su puesta en práctica efectiva; simplemente, no es el momento ahora de entrar en el detalle de las posibles vías de flexibilización o modificación de ese principio que se consideren convenientes. Lo único que está claro es que será la discusión democrática la que podrá ahora definir en detalle esa concreción, sin que una parte de la sociedad se la imponga a la otra.

En cuanto a la parte del producto social que correspondía al plusvalor en la distribución capitalista de la renta, la TLV nos muestra que todo el valor añadido que no correspondía a salarios, son fracciones de la forma monetaria de aquel plusvalor. La *ganancia* neta que resulta, una vez descontados los *impuestos* y la *renta* (de la tierra) pagada a los terratenientes, no es ni más ni menos parte del plusvalor que lo son estos dos últimos. Y tampoco la división de esa ganancia neta entre sus diversos componentes, ya sea en la forma de *intereses*, de (ganancia o) *margen comercial* o de beneficio *industrial*, modifica lo anterior en ningún sentido. Asimismo, el destino último o uso final que se hace de esos fondos no cambia tampoco el hecho de que todos ellos son el resultado de la explotación global del trabajo asalariado por el capital. Por último, el que el Estado se gaste el presupuesto alimentado por esos impuestos en una u otra partida de mayor o menor carácter «social»; o el que las ganancias privadas en su conjunto se destinen a su vez a un uso más o menos *consuntivo* (el consumo privado de las familias que viven del plustrabajo), en gran medida suntuario, o bien se empleen *productivamente* (es decir, para la acumulación de capital y la creación de nueva riqueza capitalista), tampoco afecta a la explotación del trabajo en sí, aunque sí condicione el ritmo de crecimiento económico futuro que resultará de esas prácticas colectivas presentes.

Pero pasemos del capitalismo al comunismo, del plusvalor al *plustrabajo*. Este último sí seguirá existiendo en la sociedad comunista, y lo hará además en una proporción cada vez mayor comparada con la del trabajo *necesario* (el que se requiere para mantener a la fuerza de trabajo). Es decir, la *tasa de plustrabajo* tenderá a crecer en el tiempo. Pero, como ya se ha dicho varias veces, esto no equivale a afirmar que la *tasa de explotación* crecerá ni siquiera que subsista la explotación. Quiere decir simplemente que el incremento de la productividad del trabajo traerá consigo la posibilidad de emplear una proporción *decreciente* de la jornada laboral a la reproducción de las necesidades directas de consumo de quienes producen. Para ver esto con más claridad, construyamos el siguiente ejemplo. Supongamos que en la sociedad capitalista $c = 100$, $v = 50$, y $pv = 50$. Esto significa que la tasa de plustrabajo, que en este caso sí es una tasa de explotación, es del 100% ($p' = pv/v = 50/50 = 1$). Supongamos que, de esos 50 de pv , sólo 15 son los fondos que la clase propietaria (capitalistas y rentistas, que en la práctica ya son una misma cosa) dedica a su consumo privado. Prescindamos una vez más del momento del parto de la sociedad comunista (es decir, dejemos de lado cómo es el proceso revolucionario real porque esto no puede analizarlo un economista) y supongamos que nos encontramos ya en una sociedad C-I. Está claro que, con independencia de lo que se decida sobre las otras partes del excedente, una posibilidad sería que ese consumo de los antiguos propietarios se destinara ahora a consumo individual de sus antiguos explotados (aunque ahora los trabajadores incluirían entre sus filas a los antiguos explotadores).

Supongamos que la incorporación de los antiguos propietarios, convertidos ahora «instantáneamente» en nuevos trabajadores, supone un incremento del 5% en la población activa real, y que la nueva población activa total, ahora acrecentada, puede mantener el nivel medio de productividad anterior, de forma que el valor añadido pasará de 100 a 105. Si se mantuviera el «salario» medio, « v » sería ahora 52,5 (un 5% más que los anteriores 50) y pv habría subido a otros 52,5. Si suponemos que este incremento del excedente en un 5% coincide con que todas sus fracciones crecen en ese mismo porcentaje, la parte de « pv » destinada a consumo podría ser

ahora 15,75 (en vez de 15). Supongamos por último que la sociedad decide destinar esos 15,75 para aumentar el consumo privado de los trabajadores. Simplemente tendría que transferirlos y sumarlos a los 52,5 de « v » ya contabilizados, con lo que obtendríamos una « v » final de 68,25 y una « pv » final de 36,75 (o sea, $52,5 - 15,75$). El resultado de una decisión así significaría una reducción inmediata de la tasa de plustrabajo desde el 100% (50/50) al 53,8% ($36,75/68,25$), es decir, una rebaja de casi la mitad, lo que equivale a una ganancia inmediata del 30% (de 52,5 a 68,25) en el nivel de vida de los trabajadores.³⁸

Hasta ahora nos hemos limitado a la clásica perspectiva «nacional», indudablemente más pragmática pero también más miope que la necesaria: la *internacional* o *mundial*. El supuesto anterior sobre el mantenimiento de la productividad media, como consecuencia directa de la pura incorporación al trabajo de los no trabajadores, no es nada descabellado (al menos si se interpreta como algo realmente no «inmediato», sino que se deja que opere el necesario periodo de ajuste). Pero los cambios en la productividad y los salarios a escala internacional tendrán que ser tan enormes que todo lo anterior no puede por menos que relativizarse. Pero antes de ver esto último, complementémoslo con una reflexión sobre las distintas posibilidades que abre en cualquier sociedad el aumento de la productividad del trabajo social. Para esto puede ser útil descomponer previamente la expresión de la productividad social media del trabajo (entendida como PIB o renta *per cápita*, o cociente entre el Producto Interior Bruto y la Población total, o sea, PIB/PT) en varios componentes. Si elegimos los cinco siguientes, escribiremos:

Expresión [I]

(1) (2) (3) (4) (5)

PIB/PT = PIB/HT HT/PO PO/PA PA/E E/PT

donde todo se computa en términos de medias sociales y las siglas, aparte de las ya indicadas, significan lo siguiente: HT = número total de horas trabajadas por la sociedad en su conjunto; PO: población ocupada; PA = población activa; E = población en edad de trabajar. Por tanto, es evidente que (1) PIB/HT es la productividad *por hora* trabajada; que (3) PO/PA nos da la tasa de

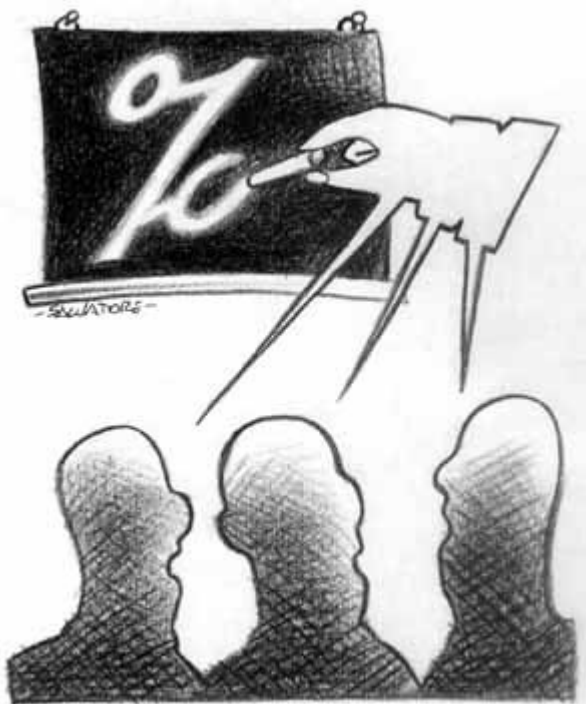


ocupación de la población activa, siendo la tasa de desempleo $u = [PA - PO]/PA = 1 - (PO/PA)$; y que del producto de los dos últimos factores, (4) y (5), resulta la tasa de actividad de la población, o PA/PT . A su vez, el segundo de los factores (2) puede descomponerse en otros dos, ya que el cociente HT/PO nos da la «jornada anual» efectiva, y esta puede obtenerse también como el producto de la jornada diaria, J , y el número medio de días trabajados al año, ND . Por tanto, podemos escribir finalmente la renta per cápita de un país en función de un total de seis factores:

<u>Expresión [I]</u>					
(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)
$PIB/PT = PIB/HT$	(J)	$ND)$	PO/PA	PA/E	E/PT

de alguno o todos los tres factores restantes, y por tanto abren nuevas vías para la mejora del bienestar social incluso en condiciones en que la producción y la población del país crezcan ambas al mismo ritmo, y el cociente PIB/PT tan sólo se mantenga. Así, el aumento de (1), (4) y (5) permite elegir en qué medida y proporción se quiere hacer descender el valor de (2), (3) y/o (6), hasta el punto de poderse, simultáneamente, disminuir la jornada de trabajo (2), aumentar el número de días de vacaciones al año (descenso de (3)) y/o favorecer el nivel educativo medio aumentando el número de años de educación obligatoria, o bien acortar la duración de la vida activa (que en ambos casos significa un descenso de (6)).

16



El análisis de la expresión [II] arroja luz sobre lo siguiente. Al aumento tendencial de la productividad por hora trabajada (1), que ya se daba en el capitalismo, se unen ahora otros *dos factores* típicos del paso a la sociedad comunista, como son la eliminación de la tasa de desempleo (que hace que aumente (4)) y la desaparición de esos parásitos sociales típicos del capitalismo que ya no pueden vivir sin trabajar (que incrementa (5)). De forma que tenemos un total de tres factores que, al crecer, permiten la disminución

Una vez explicada la descomposición anterior, podemos comprender que incluso una sociedad que no aumente su producto per cápita también puede mejorar su nivel de vida por distintas vías. Pero supongamos que el producto per cápita del país (o el salario real en los países ricos, como veremos enseguida) no aumente con el desarrollo económico, porque se subordina a las necesidades de la planificación de la igualdad *a nivel mundial*. Eso es compatible con que, para el conjunto mundial, aumentará sin duda esa renta per cápita. Desarrollemos esto a partir de la observación de las Tablas I y II.

Valores, precios y mercados en el postcapitalismo

Tabla I: A) La población mundial y su descomposición entre los PD y PND, en el supuesto de que las tasas de variación anual entre 2007 y 2037 sean de 1,2% (mundo), 0,7% (PND) y 4% (PD).

B) Población de España si su población crece a ese 4% anual

	A) ESTRUCTURA DE LA POBLACIÓN MUNDIAL					B)
	Valores absolutos (millones)			(En %)		POBLACIÓN ESPAÑOLA (Millones)
	MUNDO	OCDE	NO OCDE	OCDE	NO OCDE	
2007	6600	924	5676	14,0%	86,0%	44,5
2008	6677	961	5716	14,4%	85,6%	46,3
2009	6755	999	5756	14,8%	85,2%	48,1
2010	6835	1039	5796	15,2%	84,8%	50,1
2011	6918	1081	5837	15,6%	84,4%	52,1
2012	7002	1124	5877	16,1%	83,9%	54,1
2013	7088	1169	5919	16,5%	83,5%	56,3
2014	7176	1216	5960	16,9%	83,1%	58,6
2015	7266	1265	6002	17,4%	82,6%	60,9
2016	7359	1315	6044	17,9%	82,1%	63,3
2017	7454	1368	6086	18,3%	81,7%	65,9
2018	7551	1422	6129	18,8%	81,2%	68,5
2019	7651	1479	6172	19,3%	80,7%	71,2
2020	7753	1539	6215	19,8%	80,2%	74,1
2021	7858	1600	6258	20,4%	79,6%	77,1
2022	7966	1664	6302	20,9%	79,1%	80,1
2023	8077	1731	6346	21,4%	78,6%	83,3
2024	8190	1800	6391	22,0%	78,0%	86,7
2025	8307	1872	6435	22,5%	77,5%	90,1
2026	8427	1947	6480	23,1%	76,9%	93,8
2027	8550	2025	6526	23,7%	76,3%	97,5
2028	8677	2106	6571	24,3%	75,7%	101,4
2029	8807	2190	6617	24,9%	75,1%	105,5
2030	8941	2277	6664	25,5%	74,5%	109,7
2031	9079	2368	6710	26,1%	73,9%	114,1
2032	9221	2463	6757	26,7%	73,3%	118,6
2033	9366	2562	6805	27,4%	72,6%	123,4
2034	9517	2664	6852	28,0%	72,0%	128,3
2035	9671	2771	6900	28,7%	71,3%	133,4
2036	9830	2882	6949	29,3%	70,7%	138,8
2037	9994	2997	6997	30,0%	70,0%	144,3





Tabla II: Producto interior bruto y producto per cápita en los PD y PND del mundo

<u>PIB</u>					<u>Productividad = PIB / PT</u>			
(en billones de euros)			(En %)		MUNDO	(en miles de euros)		Cociente (1) : (2)
MUNDO	OCDE	NO OCDE	OCDE	NO OCDE		(1) OCDE	(2) NO OCDE	
50	25	25	50,0%	50,0%	7,6	27,1	4,4	6,1
53,1	26,3	26,9	49,4%	50,6%	8,0	27,3	4,7	5,8
56,5	27,6	28,9	48,8%	51,2%	8,4	27,6	5	5,5
60	28,9	31,1	48,2%	51,8%	8,8	27,8	5,4	5,2
63,8	30,4	33,4	47,6%	52,4%	9,2	28,1	5,7	4,9
67,8	31,9	35,9	47,1%	52,9%	9,7	28,4	6,1	4,6
72,1	33,5	38,6	46,5%	53,5%	10,2	28,7	6,5	4,4
76,7	35,2	41,5	45,9%	54,1%	10,7	28,9	7	4,2
81,5	36,9	44,6	45,3%	54,7%	11,2	29,2	7,4	3,9
86,7	38,8	47,9	44,7%	55,3%	11,8	29,5	7,9	3,7
92,2	40,7	51,5	44,1%	55,9%	12,4	29,8	8,5	3,5
98,1	42,8	55,4	43,6%	56,4%	13,0	30,1	9	3,3
104,4	44,9	59,5	43,0%	57,0%	13,7	30,3	9,6	3,1
111,2	47,1	64	42,4%	57,6%	14,3	30,6	10,3	3
118,3	49,5	68,8	41,8%	58,2%	15,1	30,9	11	2,8
125,9	52	74	41,3%	58,7%	15,8	31,2	11,7	2,7
134,1	54,6	79,5	40,7%	59,3%	16,6	31,5	12,5	2,5
142,8	57,3	85,5	40,1%	59,9%	17,4	31,8	13,4	2,4
152,1	60,2	91,9	39,6%	60,4%	18,3	32,1	14,3	2,3
162	63,2	98,8	39,0%	61,0%	19,2	32,5	15,2	2,1
172,5	66,3	106,2	38,4%	61,6%	20,2	32,8	16,3	2
183,8	69,6	114,2	37,9%	62,1%	21,2	33,1	17,4	1,9
195,9	73,1	122,7	37,3%	62,7%	22,2	33,4	18,5	1,8
208,7	76,8	131,9	36,8%	63,2%	23,3	33,7	19,8	1,7
222,4	80,6	141,8	36,2%	63,8%	24,5	34	21,1	1,6
237,1	84,7	152,5	35,7%	64,3%	25,7	34,4	22,6	1,5
252,8	88,9	163,9	35,2%	64,8%	27,0	34,7	24,1	1,4
269,5	93,3	176,2	34,6%	65,4%	28,3	35	25,7	1,4
287,4	98	189,4	34,1%	65,9%	29,7	35,4	27,4	1,3
306,5	102,9	203,6	33,6%	66,4%	31,2	35,7	29,3	1,2
326,9	108	218,9	33,1%	66,9%	32,7	36,1	31,3	1,2



Todo el mundo sabe que los niveles de renta per cápita de los diferentes países son muy dispares en el momento actual, y lo son precisamente como consecuencia del desigual desarrollo económico capitalista de los últimos dos o tres siglos. Si uno analiza los datos de Maddison (por ejemplo, Maddison, 2001), puede comprobar la igualdad relativa que existía en 1800 entre las diversas áreas geográficas del mundo, por comparación con la mucho mayor desigualdad que caracteriza a la sociedad actual tras más de dos siglos de acelerado crecimiento desigual. Sin descender al análisis de países concretos, es posible hacerse una idea global del problema atendiendo sólo a una *comparación entre bloques* de países, o sea, el conjunto de los países desarrollados (PD) y el de los países no desarrollados (PND) del planeta, y en particular comparando el índice que muestra la disparidad creciente entre la renta per cápita de unos y otros (véase Guerrero, 2003b). En este trabajo se muestra que, cuando se toma como representantes de los PD a los países que forman la actual OCDE y se considera que los PD son el resto de los países del mundo, dicho índice ha pasado concretamente de 1 a cerca de 7.

Pues bien, continuando ahora este tipo de análisis «bipolar», podemos obtener interesantes enseñanzas sobre esa dimensión más oculta del problema de la transición real a la sociedad comunista. Partimos aquí de los datos reales que corresponden al momento presente. De los aproximadamente 6.600 millones de personas que habitan hoy el planeta, sólo el 14%, menos de mil, viven en la OCDE. Sin embargo, estos países producen aproximadamente la mitad³⁹ del producto mundial. Si se observan los datos de la Tabla II se comprueba que la productividad en la OCDE es entre 3 y 4 veces la media mundial, mientras que la del resto de los países es sólo poco más de la mitad de esa media, lo que da un cociente entre ambas superior a 6. ¿Cómo puede una sociedad comunista consentir un desarrollo tan desigual de las fuerzas productivas (incluso prescindiendo de las desigualdades internas entre los países de cada bloque y de las que se dan en el interior de cada país, que agrava aun más lo que representa esa cifra), máxime teniendo en cuenta que, si no se ataja consciente y decididamente la tendencia, sólo cabe esperar un agravamiento de la desigualdad?⁴⁰

Lo que ocurrirá es que la sociedad comunista se pondrá inmediatamente manos a la obra con el objetivo de hacer desaparecer esas desigualdades en un plazo razonable pero mínimo de tiempo. Supongamos que se acuerda como objetivo que la productividad y renta per cápita de los PND, o al menos el salario real, se iguale con la de los PD en el plazo de 30 años, de forma que el índice al que nos referimos antes descienda desde 6,1 a 1. Podremos decir sin temor a equivocarnos que ese empeño constituirá el mayor esfuerzo de planificación, de utilización de los valores de uso y de ruptura con las relaciones de valor, que haya conocido la historia. Una de las formas de conseguirlo sería planificar el crecimiento demográfico, haciéndolo más pequeño en los países del sur (0,7% anual) y mucho mayor (4%) en el interior de los países desarrollados. Como se ve en la Tabla I, el incremento demográfico anual medio en el mundo que resulta de esos supuestos durante el periodo 2007-2037 (1,2%, la tasa aproximada a la que ha crecido la población mundial en las tres últimas décadas), colocaría a la población mundial en 10.000 millones de habitantes, de los cuales vivirían 3.000 en los países de la actual OCDE (es decir, del 14% habría subido su población hasta representar casi el 30% del total)⁴¹.

El objetivo de la equiparación de la productividad y los salarios en ambos bloques exigiría que el crecimiento de la producción fuera lógicamente más rápido en los PND que en los PD. La Tabla II muestra que una tasa de crecimiento de la economía mundial del 5% (similar a la tasa media de las tres décadas anteriores), repartida entre una tasa del 0,96% en los países ricos y una tasa del 6,65% en los países pobres, haría posible que, dados los datos demográficos que hemos supuesto, el cociente de la productividad media en ambos bloques descendiera a 1,15 en 30 años. Esto no es la igualdad absoluta pero, como se ve en la Tabla III, la igualdad entre las remuneraciones o «salario» de cada individuo se habría producido incluso antes de los 30 años (en 2029-2030)



Tabla III: Convergencia en los niveles salariales del Norte (PD) y el Sur (PND)

Salarios totales (bill. de euros)			Salarios totales ajustados (bill. de euros)			Salario real per cápita (miles de euros)				Salario real per cápita ajustado (miles de euros)			
MUNDO	OCDE	NO OCDE	MUNDO	OCDE	NO OCDE	MUNDO	OCDE	NO OCDE	Cociente	MUNDO	OCDE	NO OCDE	Cociente
25,0	12,5	12,5	25,0	12,5	12,5	3,8	13,5	2,2	6,1	3,8	13,5	2,2	6,1
26,6	13,1	13,4	31,8	13,0	18,8	4,0	13,7	2,4	5,8	4,8	13,5	3,3	4,1
28,2	13,8	14,4	33,7	13,5	20,2	4,2	13,8	2,5	5,5	5,0	13,5	3,5	3,9
30,0	14,5	15,5	35,8	14,1	21,7	4,4	13,9	2,7	5,2	5,2	13,5	3,8	3,6
31,9	15,2	16,7	38,0	14,6	23,4	4,6	14,1	2,9	4,9	5,5	13,5	4,0	3,4
33,9	16,0	17,9	40,3	15,2	25,1	4,8	14,2	3,1	4,6	5,8	13,5	4,3	3,2
36,0	16,8	19,3	42,8	15,8	27,0	5,1	14,3	3,3	4,4	6,0	13,5	4,6	3,0
38,3	17,6	20,7	45,5	16,4	29,0	5,3	14,5	3,5	4,2	6,3	13,5	4,9	2,8
40,8	18,5	22,3	48,3	17,1	31,2	5,6	14,6	3,7	3,9	6,6	13,5	5,2	2,6
43,4	19,4	24,0	51,3	17,8	33,6	5,9	14,7	4,0	3,7	7,0	13,5	5,6	2,4
46,1	20,4	25,8	54,6	18,5	36,1	6,2	14,9	4,2	3,5	7,3	13,5	5,9	2,3
49,1	21,4	27,7	58,0	19,2	38,8	6,5	15,0	4,5	3,3	7,7	13,5	6,3	2,1
52,2	22,4	29,8	61,7	20,0	41,7	6,8	15,2	4,8	3,1	8,1	13,5	6,8	2,0
55,6	23,6	32,0	65,6	20,8	44,8	7,2	15,3	5,1	3,0	8,5	13,5	7,2	1,9
59,2	24,7	34,4	69,8	21,6	48,2	7,5	15,5	5,5	2,8	8,9	13,5	7,7	1,8
63,0	26,0	37,0	74,3	22,5	51,8	7,9	15,6	5,9	2,7	9,3	13,5	8,2	1,6
67,0	27,3	39,8	79,1	23,4	55,7	8,3	15,8	6,3	2,5	9,8	13,5	8,8	1,5
71,4	28,7	42,7	84,2	24,3	59,8	8,7	15,9	6,7	2,4	10,3	13,5	9,4	1,4
76,0	30,1	45,9	89,6	25,3	64,3	9,2	16,1	7,1	2,3	10,8	13,5	10,0	1,4
81,0	31,6	49,4	95,5	26,3	69,2	9,6	16,2	7,6	2,1	11,3	13,5	10,7	1,3
86,3	33,2	53,1	101,7	27,4	74,3	10,1	16,4	8,1	2,0	11,9	13,5	11,4	1,2
91,9	34,8	57,1	108,4	28,5	79,9	10,6	16,5	8,7	1,9	12,5	13,5	12,2	1,1
97,9	36,6	61,4	115,5	29,6	85,9	11,1	16,7	9,3	1,8	13,1	13,5	13,0	<u>1,0</u>
104,4	38,4	66,0	123,2	30,8	92,3	11,7	16,9	9,9	1,7	13,8	13,5	13,9	<u>1,0</u>
111,2	40,3	70,9	131,3	32,0	99,3	12,3	17,0	10,6	1,6	14,5	13,5	14,8	0,9
118,6	42,3	76,2	140,0	33,3	106,7	12,9	17,2	11,3	1,5	15,2	13,5	15,8	0,9
126,4	44,4	81,9	149,4	34,7	114,7	13,5	17,3	12,0	1,4	15,9	13,5	16,9	0,8
134,8	46,7	88,1	159,4	36,0	123,3	14,2	17,5	12,9	1,4	16,7	13,5	18,0	0,8
143,7	49,0	94,7	170,1	37,5	132,6	14,9	17,7	13,7	1,3	17,6	13,5	19,2	0,7
153,3	51,5	101,8	181,5	39,0	142,5	15,6	17,9	14,7	1,2	18,5	13,5	20,5	0,7
163,5	54,0	109,4	193,8	40,5	153,2	16,4	18,0	15,6	1,2	19,4	13,5	21,9	0,6

El «ajuste» (doble ajuste) del que se habla en la Tabla III consiste en lo siguiente. Se supone que el PIB de ambos conjuntos de países es idéntico y se distribuye en ambos de la misma manera en términos de rentas, de demanda y de composición de la producción (su división en bienes de consumo y de producción). El 50% son salarios y el 50% excedente, por una parte. El consumo es el 70% del PIB en ambos casos, y la inversión bruta el 30% (prescindimos de la demanda exterior neta, que suponemos igual a cero; y descomponemos la demanda pública en consumo público e inversión pública, componentes que incluimos dentro de

lo que hemos llamado «consumo» e «inversión bruta»). Por tanto, los bienes producidos son: 70% bienes de consumo, 30% bienes de inversión. Del total del excedente suponemos que el 30% (es decir, el 15% del PIB) es consumo privado de las familias capitalistas; el 10% (o 5% del PIB) es consumo público; y el restante 60% (o 30% del PIB) es inversión bruta (50% privada, 10% pública).

La sociedad comunista modificará estas cifras eliminando la parte que corresponde al consumo capitalista, porque deja ya de haber familias capitalistas, y eso ocurre tanto en los PD como en los PND. Pero el uso alternativo de ese 15% no

será el mismo en un bloque de países que en el otro. En los PD, un 5% se mantiene como bienes de consumo, y el 10% restante se reorienta a bienes de inversión. Pero todo ese 15% *se transfiere íntegra y gratuitamente* a los PND. Lo que antes eran dividendos percibidos por las familias capitalistas, ahora es un impuesto sobre el valor añadido en cada producto, por esa misma cuantía total, que percibe el Estado (y este usa para realizar esas transferencias a los países pobres). En cuanto a los PND, el 15% se destina íntegramente a aumentar los salarios de la población. Por consiguiente, el porcentaje que ahora representarán los salarios sobre el total del PIB en los PND ya no es 50%, sino 50% + 15% (el consumo que hacían sus antiguos capitalistas) + 5% (los bienes de consumo que les transfieren los PD) = 70%. Se obtiene así un primer 40% de aumento del salario, al pasar este del 50% al 70% del PIB como consecuencia del cambio social. Y el segundo ajuste consiste en la transferencia anual, también, de la parte del salario de los PD que exceda sobre la masa salarial real en el momento en que se produce el cambio social (2007 en nuestro ejemplo), de forma que en los PD el salario real se mantendrá constante en tanto los de los PND no se hayan equiparado a ese nivel.

Como se ve en la Tabla III, ambos ajustes conjuntamente significan un cambio importante y repentino primero –sólo un año más tarde, el salario real de los PD pasa de ser 6,1 mayor que el de los PND, a ser sólo 4,1 (o a la inversa, de ser el salario de los PND el 16% del de los PD, a ser el 24%)– y un cambio continuo globalmente igual de importante en los años sucesivos, como consecuencia del incremento desigual de la productividad que resulta de la planificación del trabajo y de la planificación de la inversión. La producción de bienes de inversión sube como proporción del PIB en ambos conjuntos de países, pero el uso de los nuevos bienes resultantes de esta mayor inversión neta se concentra en los PND. Esto significa que la tasa de acumulación será mayor en los PND y por tanto también mayor la tasa de crecimiento económico.⁴²

Un último aspecto del análisis distributivo que debe tenerse en cuenta es el especial «efecto riqueza» que produciría en C-I la desaparición de los antiguos propietarios. En realidad, no haría falta mejorar el nivel de «renta» individual o

familiar para ver incrementado el nivel de bienestar global, porque siempre es posible aportar al nivel de vida los resultados de la redistribución de la *riqueza*, a favor de los anteriormente pobres, que resultará de la expropiación de los anteriormente privilegiados propietarios privados. ¿Qué destino tendrá, por ejemplo, cada una de esas mansiones de decenas o cientos de habitaciones expropiadas a tantos multimillonarios? La sociedad decidirá si conviene dividir la superficie total de esas residencias en pisos de mediana dimensión (2, 3, 4... habitaciones), convertir el edificio en la sede de una institución que le dé un uso distinto cualquiera, o cualquier otro uso potencial. ¿Qué hacer con los Rolls Royces, los yates y demás bienes de lujo? Pues quizás dejarlos de producir y exponer en museos los que aún resten de la etapa anterior, o quizás seguir produciendo algún tipo de ellos, o puede que darles un uso turístico rotativo, por ejemplo para que acceda a ellos la población que jamás tuvo acceso antes a ese tipo de bienes⁴³... Todo esto supondrá un aumento efectivo del nivel de vida de la población antes expropiada y postergada por el capital.

21

Notas

1. “No pretendemos en ningún punto demostrar que nuestra lectura de Marx sea la única posible. Tal lectura ‘única posible’ nunca existe con referencia a la obra de un pensador. Lo que sí hay son lecturas imposibles, o, para ser más exactos, presuntas lecturas que no son lecturas. En otras palabras: el conjunto de las lecturas posibles podrá ser ‘infinito’, pero es todo lo contrario de indeterminado” (Martínez Marzoa, 1983, p. 29).

2. Marx (1875). Véase una sugerente interpretación de estas cuestiones en Chattopadhyay (1994).

3. Entre otras cosas porque en el periodo de parto mismo la actividad económica será cualquier cosa menos “organizada”, ya que las condiciones sociales no pueden ser entonces normales, sino desordenadas y excepcionales, como corresponde lógicamente a un periodo de revolución social.

4. Claro que todo eso no puede hacerse tampoco en el vacío. La discusión dentro del movimiento socialista y comunista debe hacerse en buena parte sobre la base de planteamientos teóricos que vayan más allá de las luchas cotidianas por objetivos a corto plazo. Y a esa discusión, a esa reflexión teórica sobre las bases más fundamentales de la organización económica y social comunista a la que aspiramos, es a lo que vamos a dedicar las páginas siguientes.



5. El autor se ha encontrado a menudo con este tipo de problemas en sus trabajos teóricos, y por sólo citar un ejemplo, aunque sólo tenga indirectamente que ver con el tema que aquí nos ocupa, mencionemos el caso de la posición *teórica* de Lenin, un marxista cercano a su propio punto de vista político, en torno a la cuestión del monopolio y el imperialismo entendido como capitalismo monopolista. Si el lector se interesa por estas cuestiones, puede encontrar argumentos en Guerrero (1997), donde el autor ha criticado dicha concepción teórica de Lenin y muchos de sus seguidores políticos, y en Guerrero (2004b) y (2007b), donde se muestra cómo un no marxista como Hobson puede estar más cercano a los planteamientos de Marx de lo que en realidad lo estaba el propio Lenin.

6. En el *El Manifiesto Constitutivo de la Unión Latinoamericana por la Democracia Participativa*, se afirma que “los principales contenidos del Nuevo Proyecto Histórico se encuentran en tres libros”, de los cuales los dos primeros son de Dieterich (et al. 1998, 2001) y el tercero el libro de los autores marxistas W. Paul Cockshott y Allin Cottrell, *Towards a New Socialism*. Aunque este último libro es mucho más sofisticado teóricamente que los otros dos, en gran medida sus tesis fundamentales coinciden, lo cual resulta bastante extraño tratándose de autores que son buenos conocedores de la TLV. Pero la sintonía entre ambas escuelas queda de manifiesto en la recentísima toma de postura de Cockshott (2007), quien, al identificar a los autores que últimamente “han enfatizado de nuevo la teoría del valor de Marx como guía para la planificación socialista”, menciona a los de ambas escuelas a la vez: “Dieterich (2001), Peters (1996), Peters [and Zuse] (2000), Cottrell and Cockshott (1992[3a])”. Un resumen del libro de estos dos autores puede verse en Cockshott y Cottrell (2006, p. 1; véanse también Cockshott, 2007, y Cockshott & Cottrell, 1993b, 1993c, 1993d, 1997, 2006), según el cual lo que pretenden demostrar es “cómo una economía basada en el valor-trabajo sería superior a los previos sistemas económicos socialistas”. Para ello, consideran su propuesta como “Lange más Strumilin”, y más en concreto: “De Oskar Lange (...) tomamos una versión modificada del proceso de prueba y error, por el que se usan los precios de mercado de los bienes de consumo como guía para la asignación del trabajo social entre los distintos bienes de consumo; de Strumilin tomamos la idea de que en el equilibrio socialista el valor de uso creado en cada sector productivo debería estar en una proporción única con el tiempo de trabajo social gastado.” (ibid., p. 5). En cuanto a la escuela de Bremen, sus integrantes son, aparte de Dieterich, el geógrafo Peters (véase Peters, 1990, 1995, 1996), el tecnólogo Zuse (véase Alex et al, 2000, y Peters & Zuse,

2000) y el economista, especialista en tablas input-output, Carsten Stahmer (véanse Stahmer, 2000; Stahmer, Kuhn and Braun, 1996 y 1998; Stahmer, Stahmer, Herrchen, Schaffer, 1998; Stahmer and Franz, 1991; Stahmer, Ewerhart, Herrchen, 2002; Strassert & Stahmer, 2002; y Radermacher & Stahmer, 1996).

7. Aunque se trate de un partido tan importante como el alemán, en el que él y Engels militaban: véase Marx (1875).

8. Véase el resumen de Guerrero (2004c).

9. Peters, el mentor teórico de Dieterich, parece adoptar más bien una posición similar a la del socialista ricardiano John Gray, y sentir simpatía por otras corrientes del socialismo utópico anterior a Marx, todas ellas criticadas por el propio Marx (véase, por ejemplo, un resumen de estas críticas en Saad-Filho, 2003).

10. El lector desprevenido puede dejarse engañar fácilmente por estas apariencias. Una prueba de ello, así como de la relevancia práctica que puede tener una confusión de este calibre, es lo que escribe el Ministro del poder popular para la Defensa de Venezuela, general Baduel, en la introducción a la última edición del libro de Dieterich (2007a): “Si de algo se cerciora Heinz a través de estas páginas, es en repetir hasta la saciedad que la economía socialista debe basarse en cálculos realizados en unidades de trabajo abstracto ya que explica el autor siguiendo a Marx y a Ricardo que el valor objetivo de un producto es la cantidad media de trabajo invertido en su manufactura”. El propio Baduel, en el reciente acto de presentación del nuevo Alto Mando Militar de Venezuela (18.7.07), se manifestó en el mismo sentido: “En el Aló Presidente del 27 de marzo de 2005, el Señor Presidente Chávez indicó, cito: ‘el Socialismo de Venezuela se construiría en concordancia con las ideas originales de Carlos Marx y Federico Engels’ fin de la cita. Reiterando lo que al respecto he mencionado en una oportunidad anterior, si la base para la construcción del Socialismo del Siglo XXI es una teoría científica de la talla de la de Marx y Engels, lo que construyamos sobre ella no puede serlo menos, so pena de que la estructura construida no pase a ser más que una humilde choza, levantada sobre los cimientos de un rascacielos.”

11. “Una economía nacional de mercado no opera, primordialmente, sobre valores objetivos, sino sobre el binomio de costo-precio, del cual el valor o tiempo de trabajo es sólo *una* de las variables determinantes, es decir un subsistema del cálculo de costo-precio” (Dieterich, 2003, p. 7).

12. En el Cuadro-resumen que construye en su libro para sintetizar los rasgos de la “institucionalidad de la sociedad burguesa”, Dieterich se refiere, con una expre-

sión que combina este factor 2 con el 4, a los “precios subjetivos, determinados por poder” (2001, p. 50).

13. “En la economía de mercado el precio de la mercancía es, esencialmente, el *resultado del poder* de los agentes económicos. Aquél que tiene más poder, ya sea político, económico, cultural o militar, impone el precio al más débil y esto es válido para los precios de los productos, servicios y de la fuerza de trabajo.” (Dieterich, 2001, p. 62).

14. Cockshott mantiene la misma asociación entre valor y socialismo. Así en *Rebelión* se registra su afirmación siguiente (véase <http://www.jornada.unam.mx/2004/11/08/008n1sec.html>): “Hay que combinar tres ideas clave; expresa Paul Cockshott, profesor de ciencias de cómputo en la Universidad de Glasgow, Escocia: ‘la teoría marxista del trabajo como fuente de todo valor, la coordinación cibernética y la democracia participativa. Estos tres elementos son una alternativa a la trinidad neoliberal de los precios, mercados y parlamentos.’”

15. Digamos de pasada que esta “transformación” es lo que Dieterich (2003, p. 7) llama “metamorfosis”; lo cual, siendo una cuestión teóricamente banal, nos da la oportunidad de mencionar brevemente diversos aspectos “terminológicos” que tienen su importancia en la discusión. En primer lugar: aunque en español es más frecuente entender por metamorfosis una forma específica de transformación –si bien a veces se usan ambas palabras como sinónimos–, en principio no habría inconveniente en usar el término que prefiere este autor. En ese caso, sólo habría que recordar que toda la literatura al respecto, tanto en español, como en inglés, francés, etc., y por más de un siglo, ha usado siempre el término “transformación”, “transformation”, etc. Una segunda cuestión, relacionada pero distinta, es la de los términos empleados en las traducciones al español de los libros y artículos de esta escuela. El hecho de ser autores alemanes, que piensan y quizás escriben mayoritariamente en alemán, quizás les impida revisar adecuadamente la traducción o versión española de sus trabajos (y otro tanto puede decirse de la edición venezolana del libro de Cockshott y Cottrell que circula por ahí). Por otra parte, la baja calidad general de muchas traducciones al español de las obras escritas en otro idioma, en especial en el campo de la Economía, es bien conocida, por lo que puede suponerse que en Venezuela, donde no parece existir mayor tradición que en otros sitios de aportaciones originales a la teoría económica del valor, la traducción de la obra de Dieterich o Peters deja mucho que desear, al menos a la terminología más especializada que se emplea en sus fragmentos económicos. Así, encontramos “teoría del valor del trabajo” en vez de la “teoría del valor-trabajo” (como se conoce habitualmente a la TLV) o teoría *laboral* del valor (2001, pp. 40, 62); o bien “valorización” en lugar de “valora-

ción” o “evaluación” (2007a, pp. 178-179); o se habla de la función “explotativa” del precio, que debe de querer decir “explotadora” (2003, p. 7), etc. Estos usos pueden dar lugar a equívocos teóricos importantes, ya que por ejemplo el “valor del trabajo” puede confundirse con el valor de la fuerza de trabajo (o bien relacionarse con la afirmación de Marx, de que la expresión “valor del trabajo” es absurda debido a que el trabajo *es* valor pero no puede *tener* valor). O también “valorización”, que nos remite, no a evaluación o juicio, sino al proceso por el que se crea más valor a partir de un valor de magnitud dada.

16. En cambio, para estos autores “el *precio* que se forma en el mercado no tiene, por lo tanto, ninguna relación con el *valor*, que es independiente del mercado.” (Peters, citado en Dieterich, 2001, p. 45). Dieterich (2003, p. 6) matiza lo anterior pero al mismo tiempo da una vuelta de tuerca más a la confusión, al convertir la regulación de los precios efectivos por los valores y precios de producción en su contrario, lo que le permite hablar de “el precio como epicentro del valor”. Señala además que “esto ha sido el callejón epistemológico sin salida de la problemática en la economía política. Fue un intento equivocado de operacionalizar la teoría del valor objetivo de Marx, tratándose el concepto de valor objetivo de Marx y la categoría del precio de la economía de mercado, como si fueran hermanos gemelos, aunque, como en la película de Dr. Jekyll and Mr. Hyde, concediéndole a uno su forma natural y al otro, una forma desfigurada.” (*ibidem*).

17. El lector que quiera profundizar en estas cuestiones de la “transformación” puede remitirse a un trabajo reciente del autor (Guerrero, 2007a), o si quiere enmarcarla en una visión más general de la competencia entre los capitales, a Guerrero (2003a). Por otra parte, la relación entre *c* y *v* corresponde a lo que Marx llama composición *orgánica* del capital, por una parte, y composición *en valor* del capital, por otra, que son ambas expresiones distintas de la composición *técnica* del capital. Una explicación de las relaciones y diferencias entre las tres puede encontrarse en Shaikh (1987).

18. Aparte de en el propio Marx, se puede encontrar la misma idea en todos los marxistas que se han ocupado del tema. Por ejemplo, Preobrajensky “contrapone el plan estatal socialista al mercado como reguladores de la economía en el período de transición. Al respecto plantea: ‘Nosotros oponemos la producción mercantil a la economía socialista planificada, el mercado a la contabilidad de la sociedad socialista, *el valor y el precio* a los gastos de trabajo de la producción, la mercancía al producto.’” (Preobrajensky, 1968, p. 167, citado en Vascós, 2005; cursivas añadidas: DG).



19. Cuando el proceso de la producción material “se convierte en producción de hombres asociados libremente y queda bajo su control consciente y planeado” (Marx, 1867, p. 173).

20. Por ejemplo, Zarricueta (2007, p. 2) expresa así esta posición: “El problema central del Socialismo es la sustitución del mercado como eje articulador de la producción y reproducción de la vida –en sus ámbitos material y no material– por un mecanismo alternativo que le asegure al ser humano libertad, desarrollo integral de sus capacidades y el control y participación colectiva en los procesos de reproducción social –económicos, políticos, culturales, etc.”

21. Un ejemplo de autor marxista partidario del socialismo de mercado es un crítico de Dieterich, Vascós (2005), que escribe: “La causa más profunda de la existencia de la producción mercantil en el socialismo consiste en la falta de maduración de las relaciones comunistas de producción, el relativamente bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y la insuficiente generalización de la conciencia revolucionaria, la cultura, el espíritu solidario y la educación ética, política e ideológica entre las masas, lo que se manifiesta en el incompleto grado de socialización de la propiedad social, de los medios de producción y del trabajo. Todo ello determina que, en el socialismo, la medida del trabajo y la medida del consumo se continúe cuantificando mediante una vía indirecta: el valor”. Sin embargo, la posición dominante queda reflejada en estas palabras: “La historia del ‘socialismo real’ ha mostrado y sigue mostrando que la defensa del ‘socialismo de mercado’, en última instancia, acaba siendo una postura reaccionaria y pro-restauración del capitalismo.” (Nakatani y Dias Carcanholo, 2007, p. 6)

22. Es preciso hacer varias matizaciones. Por una parte, DEB admite las relaciones mercantiles durante un tiempo y para una fracción de la economía, pero como cuestión de principio parece inclinarse por la solución de no-mercado. Por otra parte, lo que parece rechazar más particularmente no es el mercado en sí, sino el “mercado como sistema autorregulado y anónimo (cibernético) —como lo plantean los ideólogos del capital—” porque ese no es sino “un código propagandístico que sólo existe en la teología de los economistas burgueses”; sobre todo porque el mercado no tiene “nada de anónimo” (Dieterich 2001, p. 26).

23. En realidad, es verdaderamente sorprendente que pase por algo parecido a la TLV una teoría que defiende todo lo contrario. Marx se encargó de repetir una y otra vez que los mercados capitalistas se basan en el principio de “intercambio de equivalentes”. Por ejemplo, en el capítulo sobre “El proceso de trabajo y el proceso de valorización” (1867, pp. 301-2) afirma: “Todas las condiciones del problema quedan satisfechas, en tanto que las leyes que gobiernan

el intercambio de mercancías no se han violado de ninguna manera. *Un equivalente se ha cambiado por un equivalente*. Ya que el capitalista como comprador pagó *todo el valor* de cada mercancía, del algodón, del huso y de la fuerza de trabajo” (cursivas añadidas: DG). En cambio, para la TBV, el intercambio de equivalentes se identifica con el socialismo, mientras que en el capitalismo no se da eso sino otra cosa que no se sabe muy qué es. Ellos lo explican así: 1) “El intercambio de productos tampoco pudo realizarse en términos de *equi-valencias* —equidad de valores—, sino en términos de *equi-precios* —equidad de precios” (Dieterich, 2002, p. 36). 2) Y por otra parte: “Los países comunistas, igual que los capitalistas [...] sólo pueden realizar históricamente el regreso a la economía equivalente a un nivel superior, si *combinan la teoría sobre el valor del trabajo [sic] con el principio de la equivalencia*.” (Peters, citado en Dieterich, 2002, p. 40). Peters bautiza además este socialismo al recordar que “el inventor de la computadora, el profesor Konrad Zuse, llamó ‘socialismo computarizado’ a este orden económico, cuando combina el principio de la equivalencia con la teoría sobre el valor del trabajo [sic]” (ibid., p. 41). Todo resulta un tanto confuso, pero lo que sí está claro es que, si este socialismo es eso, no puede ser el socialismo de Marx. Por último, ambos autores piensan que el intercambio actual entre los países del Norte y del Sur no se basa en el intercambio de equivalentes, como si el comercio capitalista no se distinguiera del que correspondía al primer contacto entre capitalismo y precapitalismo en las áreas del mundo conquistadas por los europeos. En cambio, DEB piensa que estos países “con el intercambio no-equivalente no hacen otra cosa que estafar a los pueblos noeuropeos” (ibid., p. 42; para una interpretación muy distinta, basada en Marx, de cómo con el capitalismo rige el intercambio de equivalentes también en la esfera mundial, aunque eso no signifique ni mucho menos un “desarrollo igual”, véase Astarita, 2004).

24. Si hemos de creer al diario *El Universal*, se estaría produciendo una evolución del régimen venezolano actual en esa dirección. La crónica a que nos referimos cuenta lo siguiente: “Dos meses atrás, frente a un exaltado grupo de cooperativistas y futuros banqueros comunales, Hugo Chávez develó la nueva arma para derruir la burguesía y el capitalismo: incentivar el trueque. ‘Una tremenda cachamete la cambio, ¿por qué? Por tres racimos de plátano’, explicó el presidente de la República, y acto seguido miró a la ministra de Economía Popular, Oly Millán, para advertirle que ‘quiero ir a ver resultados. *Mercados comunitarios, mercados de trueque*’. Ustedes me dirán: ¡Chávez se está volviendo loco! Bueno, es que es ‘la única manera de romper con el capitalismo desde abajo’, añadió el líder de la revolución bolivariana. Recibida la orden, el Ministerio de Economía Popular, según ha explicado su viceministro, Carlos Luis Ri-

vero, ha comenzado a estudiar cómo implementar el ‘*trueque solidario*’ en ferias populares y ‘mercados endógenos’. El proyecto se articula con otra idea que consume el tiempo de funcionarios del Banco de la Mujer, el Banco del Pueblo y las Cajas Rurales: la *moneda cooperativa*.” (2007; cursivas añadidas: DG).

25. Aunque no conocemos su posición política exacta, la relación que parece tener con Noam Chomsky (véanse dos libros compartidos con él: Chomsky & Dieterich, 1996, 1997), quien a su vez cuenta, entre sus influencias importantes, con la del comunista consejista Antón Pannekoek, no nos predispone en contra, ni mucho menos.

26. En efecto: Dieterich (2007b) aclara que “el enunciado ‘Cuba es socialista’ –o ‘no es socialista’– es un juicio que, como en todos los juicios de este tipo, se deriva de la comparación entre un fenómeno empírico y un paradigma referencial. El juicio resultante depende del paradigma que se seleccione. Si el paradigma es el socialismo histórico, entonces Cuba sí es socialista. Si el paradigma es la democracia participativa de Karl Marx, Rosa Luxemburg y del Socialismo del Siglo XXI, no lo es.” Y añade: “negar el carácter mercantil de la economía del socialismo realmente existente era tan equivocado, como sería, hoy día, la intención de acabar con el dinero, porque ‘esclaviza’ al ser humano. Ambos ejemplos no están en consonancia con las condiciones objetivas económicas y, por lo tanto, tan a destiempo, como el Don Quijote.” (*ibidem*).

27. Dieterich llega a caracterizar así su libro: “El concepto más importante de este trabajo es el concepto *Proyecto Histórico*” (2002, p. 32). Pero refleja una concepción *idealista*, no *materialista*, utilizar la idea de “proyecto”, algo ideal por definición, como si pudiera ser equivalente a algo tan material como una sociedad concreta. Por eso, tiene razón cuando señala que “es una categoría no utilizada en las ciencias sociales ni tampoco por Marx y Engels”, pero es dudosa su afirmación de que “el concepto es semejante al de ‘formación socioeconómica’ de Marx” y “expresa con mayor énfasis el hecho de que la historia se hace en configuraciones concretas promovidas por los sujetos sociales dominantes, ante las cuales los actores sociales dominados reaccionan” (*ibid.*, pp. 32-33). Esos rasgos idealistas del pensamiento de este autor se perciben también en otros lugares de su obra, como cuando da por sentado que algo tan ideal como “el *teorema vital* de una economía cualitativamente diferente a la del mercado” puede llegar a ser “la base operativa de una economía real” (*ibid.*, p. 36; cursivas añadidas: DG).

28. En http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=28818 se puede leer este diálogo: “P. Profesor Dieterich, ¿Usted inventó el concepto ‘Socialismo del Siglo XXI’? . Sí. Lo elaboré a partir de 1996. Fue publicado junto con la

teoría correspondiente en forma de libro, a partir del 2000 en México, Ecuador, Argentina, Centroamérica, Brasil, Venezuela y, fuera de América Latina, en España, Alemania, la República Popular de China, Rusia y Turquía. Desde el 2001 ha sido asimilado en todo el mundo. Presidentes como Hugo Chávez y Rafael Correa lo utilizan constantemente, al igual que movimientos obreros, campesinos, intelectuales y partidos políticos. Junto con la teoría del socialismo del siglo XXI avancé la teoría de la transición latinoamericana que se plasmó en conceptos claves como el Bloque Regional de Poder (BRP), también ya de uso generalizado en América Latina.” Sin embargo, como señala Javier Biardeau (<http://www.aporrea.org/ideologia/a32781.html>), “sobre la nominación de Socialismo del siglo XXI existe una polémica que puede llevar a genealogías históricas que resultan de interés para despejar el asunto de las diversas autorías y campos intelectuales de influencia. Sobre las diversas líneas de autoría hay indicios que permiten afirmar que existen diversos ‘foros y redes’ que constituyen los nodos-locus de enunciación principales del ideario sobre el ‘Socialismo del siglo XXI’”. El propio Biardeau menciona la siguiente lista de referencias bibliográficas relacionadas con esta idea: Amin, Samir (2004) Más allá del capitalismo senil. Bahro Rudolf (1977) La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente. Buzgalin, Alexander V. (2000) El Futuro del Socialismo. Cerroni, Humberto (1979) Problemas de la transición al Socialismo. Cockshott Paul W. y Allin Cottrell Hacia un Nuevo Socialismo. Coraggio José Luis y Carmen Diana Deere (1985) La transición difícil. La autodeterminación de los pequeños países periféricos. Dieterich Heinz () El Socialismo Del Siglo XXI. Dieterich Heinz (2003) Tres Criterios Para Definir Una Economía Socialista. Dussel, Enrique (2006) Veinte Tesis de política. Harnecker Marta (1999) La izquierda en el umbral del siglo XXI. Harnecker Marta (2004) Venezuela: Una revolución sui generis. Lebowitz Michel (2006) A Reinventar El Socialismo. Lebowitz, Michael (2006) El Socialismo del siglo XXI. Meszaros István (1995) Más allá del capital. Meszaros István (2005) Socialismo o Barbarie. La alternativa al orden social del capital. Miliband, Ralph (1997) Socialismo para una época de escépticos. Moulán Tomas (2000) Socialismo del siglo XXI. La Quinta Vía. Rauber, Isabel (2006) Poder y Socialismo en el siglo XXI. Schaff Adam (1983) El Comunismo en la encrucijada. Wallerstein, Inmanuel (1998) Utopística. Opciones históricas del siglo XXI. Wallerstein, Inmanuel (2005) Análisis de sistema-mundo. Una introducción.

29. Centrándonos esta última dualidad, por ser la más novedosa, digamos que este tipo de metonimia, o sustitución de la parte por el todo, está omnipresente en la disciplina económica actual. Se identifica la economía *capitalista* con



la economía sin más, la teoría económica con la teoría económica *neoclásica...*, y, por la misma razón, empresa o empresario con empresa o empresario *capitalistas*. Por tanto, no puede sorprender que el lector tienda a pensar, cuando se habla de un empresario en una economía postcapitalista, en la imagen del empresario capitalista. Para empezar, el primero no tiene por qué ser un individuo ni un puñado de propietarios de acciones ni querer maximizar el beneficio ni regirse por el principio plutocrático en vez del democrático... En realidad, empresarios son quienes gestionan las empresas, pero empresas seguirá habiendo después del capitalismo, y nada impide pensar una empresa gestionada democráticamente donde precisamente sus trabajadores sean a la vez sus gestores o empresarios. Estamos tan acostumbrados a identificar las cosas en general con las cosas tal como se definen específicamente en el seno de determinadas relaciones sociales, y no en otras, que no podemos distinguir con claridad entre cosas realmente tan distintas. Es fácil convertirse en lo que llama Marx un “lector imbuido de nociones capitalistas” (1867, p. 512).

26

30. La posición dominante no es esta. Por ejemplo, Cockshott y Cottrell escriben que “una vez que se decide el patrón de la producción finales de bienes, la asignación de los insumos que requiere ese patrón se calcula centralmente, y los medios de producción y el trabajo necesarios los asigna la agencia de planificación” (1993a, p. 109).

31. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que el crédito es anterior al dinero como forma equivalente universal de la economía mercantil capitalista. En una sociedad antigua como las del Oriente próximo está documentada la existencia de los préstamos en especie mucho antes de la aparición de la moneda. Podríamos hablar de que en esas sociedades existía el crédito aunque estuviera instrumentado en términos de valores de uso. ¿Pues qué otra cosa es el préstamo de 10 ovejas durante un año, con la promesa hecha por el deudor de devolver 11 ovejas al cabo de ese tiempo, sino un crédito a un interés anual del 10%? Y si esto podía ocurrir en una sociedad atrasada y predominantemente pastoril, ¿qué impide que pueda darse también en el postcapitalismo?

32. Aquí, como en cualquier otro punto, tenemos que distinguir entre el análisis teórico del modelo o sistema, del análisis histórico específico de una sociedad concreta cualquiera. Desde el primer punto de vista, y siguiendo el planteamiento de *El capital* de Marx, la sociedad capitalista consiste sólo en asalariados y capitalistas. En la realidad concreta las cosas siempre son más complejas y, por ejemplo, esas figuras coexisten con otras, lo cual exige una segunda ronda de análisis, más matizado y detallado, donde las formas capitalistas puras se entremezclan con otras de otro tipo.

33. “Un intercambio directo de dinero, es decir, de trabajo objetivado, por trabajo vivo (...) reemplazaría la producción capitalista misma, que descansa directamente sobre el trabajo asalariado” (Marx, 1867, p. 676). Se sugiere aquí la posibilidad de una sociedad comunista donde haya algún tipo de dinero.

34. Véase la interpretación que del mismo se ofrece en Guerrero (2006).

35. El cómo consiga la sociedad hacer efectivo ese deber en el caso de un individuo que se niegue a hacerlo y otras situaciones problemáticas similares es algo que podrá ser importante o no, pero que no tiene por qué analizarse en este punto.

36. La explicación de cómo todo el excedente procede del plustrabajo realizado por los trabajadores no es necesaria realizarla en este artículo. Digamos simplemente que reproducir al conjunto de los que trabajan sólo cuesta una fracción de lo que ellos mismos trabajan. Y como con su trabajo reponen también los medios de producción gastados, la otra fracción es el plustrabajo o plusvalía (plusvalor) cuya expresión monetaria en el beneficio capitalista.

37. Esta idea no tiene nada que ver con la propuesta de “renta básica (de ciudadanía)” que se viene haciendo cada vez más a menudo desde el sector “progresista” de los intereses burgueses. En el Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados español, del 2-X-2007, se puede seguir el debate en torno a dos proposiciones de ley sobre este tema (una, del Grupo parlamentario de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), de creación de una “Renta básica”, y otra del Grupo parlamentario de Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya Verds, de creación de la “Renta básica de ciudadanía”. En defensa de su propuesta, el señor Tardà i Coma (ERC) dice hablar “de algo ciertamente nuevo, hablamos de una idea nacida no hace muchos años en la Universidad Católica de Lovaina, que ha ido creciendo y germinando y que hoy día ha traspasado los estrictos ámbitos universitarios y académicos”; pero añade: “Hay que señalar que el establecimiento del derecho a la renta básica universal *no cuestiona ni ataca al sistema capitalista* en que nos encontramos; al contrario (...)” [cursivas añadidas: DG]. Es decir: si, en palabras de su promotor, esta propuesta no “cuestiona” ni “ataca” al capitalismo, entonces tiene que ser que *lo legitima y lo defiende*. Por su parte, la señora García Suárez (del Grupo parlamentario de Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya Verds) aclara que es consciente de que “el resultado” de esta propuesta “comporta una redistribución de la renta entre ricos y pobres”, pero que eso no obsta, al contrario, para que su grupo plantee “que las personas con un nivel altísimo de renta, es decir, los ricos muy ricos, ayuden a que haya una renta básica de ciudadanía para todo el mundo”. La

propuesta quiere, por tanto, mantener el sistema capitalista y redistribuir, sin que desaparezcan los muy ricos capaces de “ayudar”... pero a los demás partidos la propuesta les parece demasiado cara. Por eso, todos se oponen a ella, con los mismos argumentos que resume así el representante del Partido Socialista Obrero Español (en el gobierno): “En definitiva, el establecimiento de la renta básica en el marco establecido por las proposiciones de ley supondría una variación global del sistema público de servicios sociales. Es por todo ello, por el difícil encaje financiero de la propuesta, por su choque con el actual sistema público de servicios sociales, por las dudas que ofrece desde el punto de vista competencial, sin entrar en mayores disquisiciones sobre el posible impacto inflacionista que esta renta básica podría producir, y por el posible efecto desmotivador en la búsqueda de empleo, por lo que el Grupo Parlamentario Socialista no votará a favor de las proposiciones de ley de los Grupos Esquerra Republicana de Catalunya e Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya Verds. De todas formas, señor Tardà, señora García, aunque la letra no suena bien, la música sí nos gusta. Además, señor Tardà, usted nos ha emplazado al debate presupuestario y allí nos veremos, ya que si hay una posibilidad para mejorar las condiciones de las rentas más desfavorecidas, allí estará siempre el Partido Socialista Obrero Español”.

38. El que quepa esperar esta reducción inmediata como consecuencia del cambio social no debe llevar a pensar que esa será la tendencia dominante en el futuro. En primer lugar, la decisión social sobre el nuevo uso de esas cantidades podría ser distinta. Y sobre todo, es decisivo dar entrada aquí a un problema que todavía no ha aparecido en nuestro análisis y que tiene que ver con la dimensión *internacional* de la sociedad comunista, por la que quizás habría que haber empezado.

39. En la tabla se supone que el PIB se divide exactamente al 50%. Pero para el tipo de cálculo que se precisa en estos ejemplos no es necesario que se empleen datos exactos.

40. Como la brecha original se plantea en primer lugar en el terreno de *la ciencia, la tecnología y la educación*, es imposible superarla unilateralmente por todos los rezagados salvo como excepción (sin una ayuda efectiva y real por parte de los más adelantados), sobre todo en un mundo orientado por el principio de la *competitividad* –según el cual es *cada uno* quien tiene que resolverse sus propios problemas– y una ideología liberal que además presenta ese principio como la garantía del bien colectivo.

41. El crecimiento resultante de la población de España hasta los 144 millones, según esta hipótesis, significa que la población se (más que) triplicaría en 30 años, como le ocurriría también, de media, al resto de países

de la OCDE. Tamaño crecimiento no se deberá, por supuesto, al crecimiento bruto de la población sino, sobre todo, a los *movimientos migratorios masivos* que pondrá en marcha el programa planificador comunista. El crecimiento vegetativo de la población podría seguir siendo mayor en los países africanos, asiáticos y latinoamericanos, pero los masivos programas de emigración que se pondrían conscientemente en marcha desde esos países a los PD, junto a programas paralelos y complementarios de exportación de modernos medios de producción, tecnologías y equipos de especialistas en dirección contraria, tendrían por efecto la concentración neta de la nueva población mundial en los países del norte. Esto podría significar, por ejemplo, que en pocos años sean muchos más los marroquíes o ecuatorianos que vivan en España que en su propio país de origen (aunque estas denominaciones políticas nacionales bien podrían quedar también rápidamente desfasadas, y su contenido geográfico desvinculado de su correlato político, porque difícil será predecir qué pueda ocurrir con las estructuras estatales e internacionales y cuál será su evolución en el seno de la nueva sociedad).

42. Un objetivo de planificación será el mantener constante la “rentabilidad” y las tasas de acumulación de la economía. Si se tiene en cuenta que el crecimiento del acervo de medios de producción (I/K , para mantener las siglas que se usaban en la economía capitalista) puede descomponerse en tasa de acumulación (I/E , donde E es excedente) y tasa de rentabilidad (E/K), comprobamos que la menor rentabilidad (consecuencia del incremento de los salarios) se compensa ahora con una tasa de acumulación mayor. Así, en los PD, un crecimiento del “capital” (I/K) al 5% puede ser el resultado de multiplicar una tasa de rentabilidad (E/K) del 12,5% por una tasa de acumulación del 40% (I/E), o bien de multiplicar 8,75% (E/K) por 57,1% (pues el excedente ha bajado del 50% del PIB al 35%, y 8,75% es el 70% de 12,5%).

43. Como en otras ocasiones, no se puede entrar aquí en los detalles. Por ejemplo, cabe imaginar debates sobre a quién dar derecho a disfrutar en primer lugar de ciertos bienes expropiados de este tipo, si a quienes están más cercanos geográficamente, o a quienes, por su nivel de renta previo, más alejados estaban de experimentar tales disfrutes. En cualquier caso, al estar distribuida la renta igualmente, otros muchos bienes deberán ser producidos en mayor cantidad. Por ejemplo, si ya no se fabrican Rolls, puede que la sociedad desee usar más utilitarios, o puede que desee utilizar las instalaciones de Rolls para fabricar más autobuses... Eso dependerá ahora de lo que una sociedad de iguales decida.